

singularidad irreductible de cada vida dañada pero donde los malestares se cosían unos con otros a base de imperdibles. Fuera del punk, sólo había laborismo anestésico o agresividad derechista.

No sé, a mi me recuerda a algo.

**No disfruto. Comentario a
Psicopatología de la nada,
por María Ángeles Gil Bonmatí, abogada**

Quizás sea esa palabra –NADA– la clave de todo el asunto.

Parece que después del suceso de la verbena, de la mentira de la prima, de la injusta consideración de ladrona y embustera, han transcurrido ¿cuántos...15, 20 años? sin que a la protagonista le haya pasado exactamente eso: NADA.

Es decir: en todos esos años pudo haber habido un día en el que toda decidida se dirigiera a casa de sus tíos, cogiera a su prima de los pelos y le gritara “ladrona, mentirosa, no quiero volver a verte en mi vida”. O bien, se plantara delante de sus tíos toda decidida y lesa dijera “¿sabéis? la ladrona y mentirosa es vuestra hija ¡podéis creerme o no, pero eso es lo que tenéis en casa!

También pudo dirigirse a esos cariñosos padres que tan bien han cuidado de ella en todos esos años y reivindicar una rehabilitación personal y por ende una condena de la malvada prima.

Pero, NO, no pasó nada de eso.

La vida siguió su curso, y la rehabilitación no llegó, la venganza no tuvo lugar, y la injusticia nunca fue reparada.

La espera para el triunfo de los justos es demasiado larga y pesada, dura de soportar.

¿Qué se hizo de las hadas madrinas de las cenicientas? ¿Dónde están los vengadores justicieros o los príncipes azules que saben ver a través de las mentiras?

Realmente, a la triste y llorosa joven eso es lo que le ocurrió: NADA

**Mobbing. Comentario a Mobbing
por María José Gil Bonmatí, filóloga**

Por tener ideas propias. Se me ha puesto por delante esa frase, como si una luz de neón la hubiera hecho pasar al primer plano del texto y de la realidad. Pero los neones están pensados para eso y aquí, sin embargo... Me temo que yo tampoco estoy segura. Segura de que eso sea lo importante aquí, de lo que conviene o interesa hablar.

Y, sin embargo, es la manera en la que leemos habitualmente, no solo los textos, también las situaciones o a las personas y, en definitiva, el mundo que nos rodea. Ya lo dijo William James, que percibimos la realidad en función de nuestro interés, aunque, en realidad, fuera su hermano, el escritor, quien diera carta de naturaleza peligrosa a esa simple afirmación, al convertirla en el argumento narrativo de muchos de nuestros conflictos.

Precisamente por eso, se me ha quedado también en el oído ese ‘no estoy segura’ dicho así como en voz baja –o así lo imagino yo– y repetido dos veces en el texto, que, sin quererlo, como si, en realidad se le hubiera escapado y no esperara ser escuchado, ha conseguido transmitirme un desasosiego lleno de honestidad. El desasosiego de quien busca entender y le faltan datos, por un lado, y la honestidad de quien conoce los riesgos de la propia mirada, más cuando en ella se apoyan la confianza, la necesidad o, en el peor de los casos, incluso el vergonzoso disimulo de otro.

Sin embargo, seguramente porque yo no tengo a Miguel delante, no tengo que medirme con él, ni contra él, pero también porque creo que esa lectura ‘interesada’ es –al menos fuera del contexto terapéutico– tan inevitable como necesaria puesto que, a fin de cuentas, solo sabemos hablar de lo que nos importa, no renuncio a indagar en ese luminoso que mientras hablaba ha seguido ahí.